



05

con sus adhesivos "Hello my name is..." espera que el espectador-peatón termine la frase escribiendo allí como se siente, como se identifica. Estos trabajos que podríamos llamar emocionales tienen muchos seguidores. Es el caso de la querida Linda. Linda es una chica fantasma. Nadie sabe con certeza de su existencia, pero en eso reside la idea. El artista esparció por las calles de la ciudad mensajes del tipo: "Linda, me has destrozado el corazón". Esto bastó para conseguir una reacción de solitarios espontáneos que a su vez empapelaban las paredes con mensajes tales como: "Olvida a Linda, no vale la pena".

También están los que se conforman



06

Mensajes comprometidos o necesidades de expresión puramente estéticas: la esencia de este arte reside en su frescura y su libertad

con aparecer en cuantas más esquinas mejor. Sería el caso del desconcertante Sechs Maler (el pintor del seis). Lo podríamos haber presentado aquí como un mito de las calles de Mitte si no fuera porque lo conocimos. Sus seis están por todas partes y por lo que nos habían contado, es uno de los pioneros del *street art* en Berlín. Rainer Brendel, nos recibió en su taller acompañado de su insepara-

ble bicicleta con las cestas repletas de botes de pintura y de viejos pinceles exhaustos de tanto *sechs*. La pregunta era obligada: ¿por qué un seis? La respuesta, decepcionante: "Porque es el número más fácil de pintar en movimiento y yo siempre pinto sobre mi bici. También por el juego de palabras, ya que seis en alemán se pronuncia sex". No hay más.

Chasm (Christian Layer) empezó muy joven pintando graffitis con su hermano. Con el tiempo, su interés por el *street art* ha evolucionado en nuevas aplicaciones. Él es uno de los precursores de los conocidos *Päckchen* como soporte para sus creaciones. Se trata de utilizar como adhesivos las etiquetas para escribir las direcciones de los paquetes de correos que uno puede coger sin problemas en cualquier oficina de Deutsche Post. Suena bastante irónico que la agencia estatal de correos subvencione, a su manera, esta nueva forma de comunicación urbana. Los tiempos de crisis agudizan el ingenio y Christian no es el único que ahorra con el reciclaje. Otro caso simpático son las aportaciones del desconocido autor de la serie *Fuck your crew*, quien a menudo estampa sus dibujos sobre el papel blanco con

puntas que te dan en las pastelerías al comprar una tarta.

Iniciativas como estas se suceden con increíble rapidez. La esencia de este arte reside en su frescura y su libertad. Todo está por inventar, todo vale y las calles de Berlín, como las de cualquier gran ciudad, son un laboratorio perfecto, el papel idóneo para un arte directo al peatón. |

CRÓNICAS RIFEÑAS



PACO SANCHIDRIAN

El cabo Moh

A finales de los años sesenta, en un Tetuán donde se respiraba aún un fuerte ambiente español, no era raro cruzarse en la calle con algunos gigantones caminando a pasos forzados

ALI LMRABET

Lo que distinguía esos corpulentos caminantes del resto de la población eran las medallas, viejos estenciles de una guerra olvidada, que llevaban clavadas en sus pechos. Pero no las llevaban todo el tiempo, únicamente cuando iban a cobrar la pensión de guerra que España ponía cada mes a su disposición en la pagaduría del consulado español. Muchas veces acompañe a mi padre al consulado. En la puerta de la legación española había una cola de personajes y siluetas salidos directamente de un libro de historia. Esas caras de veteranos sonrientes y pacientes esperando su turno están aún grabadas en mi mente. Esas viejas glorias eran los Regulares, el feroz ejército indígena que ayudó al que sería luego 'Generalísimo por la gracia de Dios' a tumbar la República. Es allí, en esa fila, donde escuché por primera vez los nombres de 'Madrid', 'Guadalajara', 'Teruel', 'El Ebro', y tantos otros nombres de batallas de la única tienda que los marroquíes no hubieran podido hacer si la República se hubiera desprendido de su protectorado como se lo pedían muchas voces visionarias.

Cuando estalló la guerra en julio de 1936, los sublevados hicieron la vuelta a las tribus para alistar carne fresca de cañón. Cada familia marroquí debía hacer ofrenda de un hijo, y no importaba si era único o que no fuera mayor de edad. A Moh, hijo de 'Chtaia' y de Taimunt, lo alistaron en el Grupo de Regulares de Tetuán N° 1 cuando aún no tenía 16 años. Vinieron a buscarlo una mañana de agosto, lo llevaron a un campamento de entrenamiento cerca de la Hípica de Tetuán, y al cabo de dos o tres semanas lo dirigieron hacia Ceuta de donde partió hacia la península.

Los militares españoles procuraban constituir sus tabores, equivalente a batallones, con elementos originarios de una misma tribu, y si era posible, de una misma aldea. La solidaridad entre parientes en una misma sección hacía del tabor un bloque inquebrantable, unido por los lazos de sangre y la sed de venganza cuando caía uno de los suyos. De 1936 a 1939, Moh hizo pues la guerra. Participó en pequeñas y grandes batallas, mató, hirió y fue a su vez gravemente herido. Se salvó de milagro. En Brunete, de un tabor constituido por casi 400 almas, sólo sobrevivieron dos, Moh y su capitán. Durante esa terrible batalla, en el lapso de unos días, pasó de soldado raso a sargento. No por qué hubiera sido el más feroz ni el más valiente, sino porque no había nadie para el puesto. En medio de una ceremonia de cuatro gatos que esperaban la señal para subir al frente, su comandante le entregó los nuevos galones, una pistola, un uniforme nuevo y un permiso extraordinario. Pero en el tren que lo llevaba a la retaguardia se topó con unos conocidos suyos, viejos guerreros de su tribu que en veinte años de carrera no habían ascendido ni a cabo. Cuando lo reconocieron, no quisieron saludarlo y armaron un barullo que amenazó con transformarse en sublevación de campo. "¿Cómo puede ser que tengamos que saludar a un mequetrefe que hasta hace poco nos limpiaba las botas?", gritaron cruelmente los cascarrabias más resentidos. Para no provocar un motín, los mandos militares optaron por la prudencia. Llamaron a mi padre, y le explicaron unas cuantas cosas serias que no entendió completamente y después le quitaron los galones de sargento, la pistola y alguna que otra cosa. Pero le dejaron generosamente el grado de cabo y la certeza de que le habían estafado